

ORACIÓN. FÚNEBRE

QUE EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS POR EL
EMMO. Y RMO. SR. CARDENAL-AZOBISPO DE VALENCIA
CON SU EXCMO. CABILDO EN SU SANTA METROPOLITANA BASÍLICA

EL 28 DE JULIO DE 1903

POR EL ALMA DE

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIÓ EL

DOCTOR D. JUAN GARRIDO

CANÓNIGO MAGISTRAL DE DICHA IGLESIA



PUBLÍCASE POR ACUERDO DEL EXCMO. CABILDO

VALENCIA—1903

TIPOGRAFÍA MODERNA Á CARGO DE M. GIMENO

C. Avellanas, 11

Biblioteca  Valenciana

Oración fúnebre que en la



31000000902729

CV/5436

Q.V.

5436

ORACIÓN FÚNEBRE

ORACIÓN FÚNEBRE

QUE EN LAS

SOLEMNES EXEQUIAS

CELEBRADAS POR EL
EMMO. Y RMO. SR. CARDENAL-ARZOBISPO DE VALENCIA
CON SU EXCMO. CABILDO EN SU SANTA METROPOLITANA BASÍLICA

EL 28 DE JULIO DE 1903

POR EL ALMA DE

SU SANTIDAD EL PAPA LEÓN XIII

(Q. S. G. H.)

PRONUNCIÓ EL

DOCTOR D. JUAN GARRIDO

CANÓNIGO MAGISTRAL DE DICHA IGLESIA



PUBLÍCASE POR ACUERDO DEL EXCMO. CABILDO

VALENCIA—1903
TIPOGRAFÍA MODERNA Á CARGO DE M. GIMENO
C. Avellanas, 11



Ille erat lucerna ardens et lucens.

Joann., cap. v, vers. xxxv.

Él era antorcha que ardía y lucía.

S. Juan, cap. 5, v. 45.

EXCMO. SR.:¹

EXCMOS. SRES.:²



No se han cumplido aún cinco meses desde aquel memorable 3 de Marzo en que nuestra ciudad, como si hubiese sido avisada por el hijo de Amós, levantóse para recibir de nuevo la luz y celebrar el vigésimo quinto aniversario de la aparición de la lumbrera que para toda la Iglesia católica había nacido á principios del año 1878. Dejóse ver aquí la gloria de Dios, pues á su luz y al resplandor de aquella fiesta Eucarística, congregáronse aquí los fieles en tanto número, que hicieron gloriosa la casa de la Majestad Divina. La salud reinaba entonces dentro de los muros de la mística ciudad; en sus puertas sólo resonaban cánticos de alabanza; confiábamos que por mucho tiempo no habíamos menester sol que nos diera luz durante el día, ni resplandores de luna que nos alumbraran en la noche; porque

¹ Preside el M. I. Sr. Gobernador eclesiástico, S. P., con el Excmo. Cabildo.

² Ocupan sus sitaliales en el Presbiterio los señores Capitán general, Gobernador civil y Ayuntamiento.

teníamos por seguro que el Señor mismo continuaría siendo la luz nuestra y que nuestra claridad sería el mismo Señor.

Mas, ¿quién puso límites al sol?... ¿Quién sometió á menguantes á la luna?... ¿Dónde está la luz?... ¿Por qué hemos de hablar de estragos dentro de los confines donde el Señor era para nosotros la paz, la santificación y la dicha eterna¹?

«Maldita sea la muerte». Pena del pecado, como la llama San Pablo², introducida en el universo por envidia de Satanás, según dice la Sabiduría³, hunde al hombre en el seno de la tierra, reduciéndole á polvo: así que, interponiéndose la tierra entre el sol y el hombre, en quien brillaba la luz, causa tinieblas perdurables, sombras perpetuas... «Maldita sea la muerte», porque alumbrada la tierra por un astro tan cercano á ella, que en ella vivía y la iluminaba entre las sombras de la noche, como la ilumina la luna en el tiempo de su oposición con el sol, ha acabado con uno de los dos grandes luminares que quiso Dios hubiese en el firmamento de la Iglesia para distinguir el día y la noche, y señalar los días y los años.

Presidirá, es cierto, al día perpetuo de la vida indefectible de la Iglesia, el luminar mayor, Jesucristo, verdadero Sol de justicia; pero, ¿qué se ha hecho de aquel hombre á quien saludábamos poco ha como lumbrera para separar la luz de las tinieblas de este siglo⁴?... Semejante á aquellos astros que, á pesar de su fijeza aparente en el cielo, tienen alternativas, y que, por tanto, disminuyen poco á poco de brillo y desaparecen hoy para reaparecer mañana, porque están dotados de una parte luminosa y otra obscura, y giran sobre sí, mostrando ya la una ya la

¹ San Pablo á los Efesios, cap. 2, v. 14.

² Epístola á los Romanos, cap. 6, v. 23.

³ Cap. 2, v. 24.

⁴ En el sermón predicado por el mismo orador en la fiesta celebrada con motivo del vigésimo quinto aniversario de la exaltación de León XIII al Solio Pontificio, le consideró como «Luz brillante en medio de las tinieblas de este siglo». *Lumen in cælo*.

otra, hasta que se opera el fenómeno de su desaparición total; así la vida de León XIII, al que el santo Obispo Malaquías adjudicó con autoridad piadosamente acatada el título de *Lumen in caelo*, después de haber presentado durante más de veinte días á la observación de la ciencia el fenómeno de su desaparición y reaparición, ha desaparecido totalmente y para siempre. ¡¡¡León XIII ha muerto!!! Una sábana de sombras envuelve al mundo católico; un clavo agudo y penetrante ha abierto el corazón de la cristiandad; un vaso lleno de acíbar hace correr su amargura por todas las venas de la gran familia cristiana; del fondo de ese cenotafio, de esa urna sepulcral, revestida de austera pompa y sin otro fausto que las flores de nuestros corazones, sale la voz misma que ha recorrido el mundo arrancando á las almas bien nacidas gritos de consternación y dolor. ¡¡¡León XIII ha muerto!!!...

Ocúrreseme, á vista de ese catafalco, lo que á la esposa de los Cantares¹ cuando quiso tomar y llevar á su hermano á la casa de su madre. ¿No es la tierra la madre común de los hombres? ¿No es la sepultura la casa de todos?... Pues bien, c. h., quisiera tomaros y llevaros amorosamente á la tierra, nuestra madre; á la sepultura de León XIII, á fin de que, viendo cautivas aquellas manos consagradas que manejaban las llaves del cielo, y reducido á la servidumbre del polvo y de los gusanos el brillo y magnificencia del Vicario de Cristo, contemplaseis de cerca cuán de prisa pasa la gloria de este mundo. Lo que dijo el Salvador del templo de Jerusalén cúmplase en la muerte de todo hombre, aunque ocupe lo más eminente de las humanas dignidades; la personalidad humana es deshecha; su organismo destruído, y nada queda de éste en su lugar²; ¿y quién lo evitará? Sesenta varones de los más fuertes de Israel

¹ Cant., cap. 8.

² Ezequiel, cap. 26, v. 21.



rodearon el lecho de Salomón, todos bien armados, y no pudieron librarle de la muerte; millones de almas valerosas por su fe hanorado por la salud del Papa que sobre ellas reinaba por el amor, mas... ¡¡¡León XIII ha muerto!!! ¡¡¡Ha muerto un León!!!; pero al modo que en la boca del león despedazado por Sansón, éste encontró un panal¹, así en la boca del León deshecho ahora por la muerte podemos decir que hallamos algo que es más dulce que el panal. Según cantó el real Profeta en su salmo XVIII al celebrar la gloria de Dios que se descubre en las maravillas de la naturaleza y en las excelencias de la ley del Señor, son los juicios divinos más dulces que la miel². Ahora bien: ¿no son juicios divinos, no es divina disciplina, no es declaración de las palabras divinas que, según enseñó el mismo Profeta coronado, ilumina los entendimientos³ lo que la sabiduría elaboró en la boca de León XIII? Si la sabiduría es hábito del entendimiento, si toda operación intelectual es producto de la luz, de tal suerte que cuanto más intensa y radiante es la luz del verbo *mentis* es mayor y mejor la obra intelectual, y más perfectamente llega el hombre á conocer las cosas, aun las más altas, por sus causas, y á penetrar en los consejos y pensamientos eruditos donde mora la sabiduría, ¿podremos dudar que en la boca del León, cuya muerte lloramos, hemos encontrado un tesoro infinito para los hombres, del que valiéndose pueden hacerse partícipes de la amistad de Dios y recomendables por los dones de la doctrina que ha enseñado⁴?

Concédame el Señor el expresar con claridad lo que siento, puesto que en sus manos están mis discursos; y por cuanto es llegado el momento de reducir á sencilla fórmula el asunto de esta oración fúnebre, he aquí la proposición, no tanto para

¹ Libro de los Jueces, cap. 14, v. 8.

² Salmo 18, v. 11.

³ Salmo 118, v. 130.

⁴ Cap. 7, v. 14.

gloria del difunto como para gloria de Dios. «León XIII ha sido una antorcha que ardía y lucía». *Ille erat lucerna ardens et lucens.*

No hay en el mundo poema como la vida de todo hombre. Cada vida humana particular es nada menos que una revelación privada de Dios; mas cuando el hombre consagra á Dios su biografía, llega á hacerla más maravillosa, porque es más sobrenatural. Si aun el mundo insensible posee poderosos atractivos para hacernos admirar su constante tendencia á asemejarse á Dios, ¿por qué no ha de ser para nosotros respetable y sagrada la vocación de Joaquín Pecci á copiar de Jesucristo aquello por lo que Jesucristo es verdadero Dios? Si todo hombre es capaz, habitual ó actualmente, de una energía trascendental que puede sobrenaturalizarle, ¿ha de causarnos maravilla que el cuarto hijo de los ilustres Condes de Pecci se alzase hacia Jesucristo, como á su principio y causa sobrenatural? Y siendo Jesucristo luz verdadera¹, ¿qué impedimento pudo encontrar el noble hijo de Carpinetto para asemejarse á la luz y dar testimonio de ella?... Al imaginar al educando Pecci bajo el glorioso pabellón de Ignacio de Loyola en Witerbo; postrado á los pies del Papa León XII recitando una oración gratulatoria en nombre de una Diputación escolar; adelantar con pasos de gigante en la carrera de las ciencias eclesiásticas y sus afines; coronar sus triunfos con la doble orla del Doctorado en Sagrada Teología y ambos Derechos, y dar testimonio á la verdad con su doctrina y erudición, á la vez que por la modestia y sencilla piedad que en él resplandecía; al considerar que de él puede enunciarse lo que dijo el sabio de quien en poco tiempo

¹ San Juan, cap. 1, v. 9.

llevó muchas cosas á la perfección, paréceme que para la inteligencia de Pecci hubo el compendio de tiempo, la abreviación de trabajo que el Dios-Entendimiento reserva no pocas veces á favor de los que elige para dar testimonio de la luz; porque esa inteligencia, más que sometida á las penosas leyes del raciocinio y del discurso, es una intuición; si sobre ella no descendieron aquellas llamas divinas que centellearon en el Cenáculo de Jerusalén sobre las cabezas de los Apóstoles, es indudable que fué tocada del gran destello de la divinidad, que llamamos genio; si Joaquín Pecci no era la luz, era al menos una antorcha que ardía y lucía; por esto, colocada sobre el candelero de la Iglesia, iluminó el Arzobispado de Perusa, como había alumbrado la gestión diplomática de Bruselas y difundiría sus vívidos resplandores sobre la Curia Pontificia.

La muerte de un sabio es un espectáculo grandioso y tierno, del que resulta siempre alguna enseñanza que robustece el alma y nos hace compadecer las miserias de la vida; y cuando el sabio es un hombre ilustre, un sabio llegado al apogeo de la gloria, el efecto es mucho mayor, porque procede de mayor altura.

Es imposible desconocer que las causas, los triunfos y los lauros de Monseñor Pecci, cuando contaba tan sólo cuarenta y tres años de edad, esto es, á la fecha de su elevación á la Púrpura Romana, presuponen una preparación sólida y fecunda, porque sin esta preparación no se produce nada ni en el orden físico ni en el intelectual. La primavera no desplegaría el variado espectáculo de la renaciente vegetación, si durante el invierno no se hubiera preparado para él en el seno de la tierra por una continuación de operaciones misteriosas; si en algún siglo se desprendió el genio de la civilización del seno de edades oscuras, fué porque ideas lanzadas como al azar suscitaron un día viva efervescencia é interesaron á espíritus ó más traviesos ó

más reflexivos, y así, lo que estaba oculto bajo las cenizas de un mundo antiguo, se reanimó al soplo de un espíritu genial, y despidió sus primeros albores, y fué manifestándose por la creación y sucesivo desarrollo de las ciencias y de las artes. Y, ¿á qué preparación suficiente puede consagrarse un hombre para abreviar el tiempo de la fatiga y recoger pronto los frutos de su labor? Es insigne blasón de los sabios, según el mundo, el estudio meditado; mas para que un sacerdote, un obispo pueda llamarse sabio conforme al espíritu de Dios, es necesario que posea la doctrina y la virtud, porque aquélla, sin la segunda, produce arrogancia, y ésta, sin aquélla, hace al hombre inútil para los demás: *Doctrina sine vita arrogantem reddit. Vita sine doctrina inutilem facit*; es preciso que arda y luzca, porque, según enseña San Bernardo, el sólo lucir es inútil y aun vano; el sólo arder, es poco: en el lucir y en el arder consiste la perfección del oficio episcopal. Ya adivinaréis, c. h., dónde encontró Monseñor Pecci su mejor preparación para tener en sus manos de Sacerdote, de Nuncio y de Prelado las luces encendidas de que habló Nuestro Señor Jesucristo². La sólida educación cristiana recibida de su piadosa madre y su familiaridad desde niño con las prácticas y ejercicios de la Orden de San Francisco, no menos que su aplicación á las letras, le comunicaron tanta luz y calor, que era antorcha que ardía y lucía. *Ille erat lucerna ardens et lucens*; y como el ardor de la virtud y la luz de la doctrina son de tal naturaleza que buscan su expansión, de aquí que las almas puestas bajo la acción pastoral del Arzobispo de Perusa sintieron el benéfico influjo de sus resplandores; y, ¿quiénes podrían recibirlo con mayor intensidad sino los que por vocación ó ministerio eran cooperadores del

¹ San Isidoro, lib. III, *Sententiarum*, cap. XXXVI.

² San Lucas, cap. XII, v. 35.



sabio y virtuoso Prelado en el gobierno de las almas confiadas á su pastoral solicitud?

No es del caso anotar las causas, pero es lo cierto que en el último siglo no pocas inteligencias privilegiadas sentíanse, tanto en Italia como en el resto de Europa, bajo los impulsos de una actividad inquieta que las empujaba hacia regiones desconocidas. Las almas estaban exaltadas por fogosas aspiraciones. Era, sin duda, todo esto efecto de los postreros estremecimientos del filosofismo que había recorrido el mundo, tentando á los espíritus con halagos de novedad. El clero, casi sólo el clero, encerrado en las sagradas basílicas de la fe, vió con laudable indiferencia ó actitud compasiva cómo brotaban las vivas chispas que alumbrarían la vía ascendente de la nueva civilización; seguro, segurísimo de que lo variable no es la verdad, el clero esperó la aurora del novísimo y legítimo renacimiento de las letras. No hubo de esperar por mucho tiempo: el Arzobispo de Perusa inició la empresa de levantar el nivel intelectual de su seminario y clero, estimulando con premios el estudio, poniendo cebo á la emulación por medio de solemnes veladas literarias, ordenando las conferencias morales y litúrgicas é instituyendo operarios diocesanos para la predicación; siendo de notar que en esto, como en las grandes creaciones de caridad y beneficencia que llevó á cabo, no fué como el arquitecto que concibe y dirige la construcción del edificio, sino el conductor de los trabajos que examina, prueba, escoge y dispone los materiales. Dotado el Cardenal Pecci del privilegio privativo del genio, cual es el arte de generalizar, es decir, de relacionar las ideas y los hechos y deducir de ellos una ley de conjunto, único arte que conduce al talento humano á los grandes descubrimientos, nada omitió hasta revelar que había encontrado el medio de transmitir suavemente á su clero y á su pueblo la luz que esclarecía su inteligencia y el calor que encendía sus afectos, problema no

fácil, porque aun siendo verdad que las cuestiones más intrincadas excitan más y más á las inteligencias vivificadas por la llama del genio, no es posible dudar que, cuando se presentan á toda una generación ó á una clase social que no está preparada para oír, principios tan sólo nuevos por la forma, suele la resistencia ser superior á la potencia, haciendo así inútiles los más generosos esfuerzos y vanas las más nobles aspiraciones. Mas el clero y pueblo de Perusa y—¡¡¡quién lo creyera!!!—hasta los mismos revolucionarios del Piamonte, probaron concluyentemente su identificación con el Cardenal Pecci; había descendido sobre ellos una luz que lo invadió todo, lo compenetró todo: la luz de la antorcha que ardía y lucía sobre aquella Iglesia, como descendiendo de las alturas la luz del sol é inunda los mundos etéreos y clarifica los planetas. *Ille erat lucerna ardens et lucens.*

Colocad esa antorcha en el vértice de la más elevada eminencia, desde el que se dominan todas las zonas, todos los horizontes, todos los continentes, todo el orbe, y su luz iluminará todos los mundos, y podrá decirse con el Real Profeta, «que no hay quien pueda esconderse de su calor¹». Por esto, c. h., apenas levantado el Cardenal Pecci por los sufragios del Cónclave reunido á la muerte de Pío IX á las tremendas alturas del Vaticano, todos los pueblos de la tierra sintieron la influencia vivífica de su luz y calor. Desde los que se esconden más allá de largas cadenas de nevadas montañas hasta los que viven sentados á la sombra de sus camellos en los ardientes arenales del Asia y del Africa; desde las orillas del Ganges hasta las risueñas islas de la Oceanía; desde allá donde las noches son eternas hasta donde reina el sol hirviente de los trópicos, todos los

¹ Salmo 18, v. 7.

pueblos exclamaron con Isaías profeta: *Venit lumen*¹. Ha venido la lumbrera; y al conocer las primeras encíclicas, rayos vivísimos de la luz que había venido á iluminar el mundo, repitieron: «La luz avanza, la gloria del Señor brilla en todo su esplendor²»; y vieron los ojos, y los corazones se admiraron y quedaron inundados de alegría, y los hombres rectos, clementes, justos y misericordiosos, cantaron con el Real Profeta: «Ha nacido entre las tinieblas la luz para los de corazón recto, el misericordioso, el benigno, el justo³»; y ¿cómo no? si la luz de los ojos alegra el alma⁴, ¿no debieron alegrarse las almas á vista de la luz de los espíritus?...

No demandéis de mí, c. h., la pesada cuanto difícil tarea de presentaros uno por uno los documentos archivados ya en el gran protocolo de las ciencias divinas y humanas, y cuya propiedad pertenece á la exclusiva, al preclarísimo talento y vastísima erudición de nuestro llorado Pontífice. Cuando aparece en toda su grandeza la obra múltiple de un trabajo de más de veinticinco años, continuado sin descanso con el auxilio de tantas facultades enérgicas, es de todo punto imposible formar una idea cabal de los trabajos y la vida de su sabio autor. Lo único, por tanto, que cabe decir en este caso, sin anticipar elogios, es que todas las obras de León XIII salieron perfectas de sus manos. ¡¡Cuántas obras!! ¡¡¡Qué perfección!!! Si toda palabra del Señor es luz que guía los pasos de los hombres é ilumina el sendero que han de recorrer⁵, es preciso confesar que León XIII ha ilustrado los extensos dominios del derecho público, del derecho canónico, de la filosofía cristiana, de la apologética, de la Ética del catolicismo, de la sagrada liturgia, la ascética y cuanto

¹ Cap. 60, v. 1.

² Ibidem.

³ Salmo 111, v. 4.

⁴ Proverbios, cap. 15, v. 30.

⁵ Salmo 118, v. 105.

se relaciona con la vida cristiana de las familias y la constitución cristiana de los pueblos. Podría decirse de León XIII lo que Salomón aseguró de la Sabiduría, á saber: «que abarcó fuertemente de un cabo á otro todas las cosas y las ordenó todas con suavidad¹.»

Y, ¿de dónde vino á León XIII esa autoridad sapiencial, ese dominio sobre las inteligencias que sólo es dado ejercer al Maestro, en cuya frente fulgura, como en ninguna otra, la llama del genio? Como del desposorio del sol con las aguas de las alturas nacen los arboles, rosa de los cielos, que á su vez arrebolan los mares, la tierra y los aires, y los truecan en panorama de gloria, así, de la unión de la ciencia con el amor, surgen esas incomparables bellezas que cautivan los entendimientos y rinden los corazones. Sí, señores excelentísimos, no ha sido sola la ciencia la luz que ha hecho brillar á León XIII: «No pudiendo entrar en alma maligna la sabiduría ni habitar en el cuerpo sometido al pecado², nos vemos obligados á declarar que, juntamente con ese don «preferible á los reinos y á los tronos³», poseyó el amor á la justicia, á la templanza y á la fortaleza, que son las cosas más útiles á los hombres en esta vida⁴». ¿Quién dudará de ello? Arbitro glorioso, pacífico y fecundo en admirables resultados, falló á favor de España la famosa cuestión de las Carolinas con aquella rectitud y justicia que acredita la medalla conmemorativa de aquel arbitraje supremo: «*Controversia de Insulis Karolinis ex æquitate dirempta*». Intransigente consigo mismo, como quien tiene en nada su presencia en la presencia de Dios y vive en la superioridad del espíritu sobre los sentidos, supo reducir á éstos á aquella servidumbre de que habla el Apóstol. Quien

¹ Cap. VIII, v. 1.

² «Sabiduría», cap. I, v. 4.

³ Ib., cap. VII, v. 8.

⁴ Ib., cap. VIII, v. 7.

busque en León XIII fortaleza, véalo firme, tranquilo y sereno en medio de los peligros, en su prisión, como una estatua en medio de sus perseguidores; y si alguien intenta sorprenderle ó intimidarle, no oirá de sus augustos labios sino palabras que, á modo de llama viva, consuman los vanos esfuerzos de la maldad. Su palabra no es como vano metal que suena ó campana que retiñe, sino cual fuente copiosa que derrama por sus caños el agua de salud después de haberse llenado: la luz que esclarece la inteligencia y el calor que enciende los afectos de León XIII, no son producidos por el fuego fatuo de la elocuencia humana, sino por las resplandecientes y abrasadoras llamas en que arde su corazón. *Ardens et lucens*. Y ¿qué diremos de su prudencia?... Ciertamente, c. h., que en sus relaciones con los Poderes públicos ha seguido una política de atracción, de dulzura, de amistad, obteniendo así respeto y amor aun de aquellos países que tienen la desgracia de no reconocer oficialmente la supremacía jerárquica de los Obispos de Roma; mas cuando se ha hecho preciso sostener los fueros de la verdad y los derechos sacrosantos de la religión y de la justicia, ¿condescendió, acaso, con su carácter enérgico, firmísimo é incontrastable?

Para nadie es un secreto que toda institución, aun siendo grande y respetable por las razones jurídicas é históricas de su existencia, alcanza mayores proporciones en su acción y, aunque accidental, mayor intensidad en su influencia, si quien jurídicamente la representa posee indiscutible superioridad y talentos suficientes para conocer la época en que vive, las necesidades y aspiraciones de los hombres, adelantarse á los peligros y conjurarlos con dictámenes de prudente sabiduría. Ahora bien: la Iglesia católica, no obstante su divino origen, es sociedad de hombres, y, como visible, está sujeta á las impresiones humanas; y, ¿quién duda que, por más que todo Pontífice sea Pastor para conducir á los fieles y Maestro para iluminarlos, rompiendo para

ello, si fuere preciso, el velo de los divinos misterios, es una institución que retrocede, se estaciona ó avanza á medida de los impulsos que le imprime el Vicario de Cristo? Ciertamente que el Catolicismo, aunque viejo, y sacudido y agitado demasiado, es una institución que vive siempre con nuevo vigor, pero también lo es que cuando los Papas se arrojaron en la confusión de las pasiones políticas de los Estados ó no se cuidaban sino del cielo, hubo de sufrir no poco la Religión; tanto sufrió cuanto pudo regocijarse en el gobierno de aquellos que miraron á un tiempo al cielo y á la tierra. Cuento entre estos últimos á León XIII, en quien parece haberse dado cita las notas que, repartidas, hicieron gloriosos los nombres de muchos de sus Predecesores. Él heredó de los Píos la caridad que se inmola y el martirio que engrandece; de los Alejandro y Gregorios la autoridad más veneranda y las miras nobilísimas que subyugan y persuaden; de los Bonifacios é Inocencios el amplio y universal espíritu que convierte por maravilloso resorte las aspiraciones y los intereses legítimos; de los Benedictos y Leones la sabiduría que lo abarca todo y la prudencia que lo dirige; de los sabios, la luz; de los santos, la virtud. Por esto los grandes problemas que arrebatan el pensamiento de León XIII abarcan por su extensión los polos del orbe y encierran en su profundidad la ventura de las naciones; pero problemas á los cuales ha llegado por fin la llama de luz y de calor que centellea en la frente y en el corazón de nuestro llorado Pontífice. *Ardens et lucens.*

Hay, Excmo. Sr., en León XIII una nota singularísima que brillará como estrella solitaria en la historia del gobierno de la Iglesia.

Vivió allá en el siglo XVIII un célebre físico que descubrió y demostró la existencia de un principio universal, la atracción que dirige toda la materia, desde el invisible átomo hasta los

globos inmensos que gravitan en los cielos; fijó la ley según la cual se ejerce esta atracción, y redujo el universo á la unidad; evidenció la grandeza y hermosura de su mecanismo, y, lejos de empequeñecer al Supremo autor de la Naturaleza, le sublimó tanto, mostró en Él tal poder, que obligó á la humanidad á admirarle y respetarle. Si las ciencias naturales son deudoras de estas conquistas al genio del sabio Newton, las sociales, morales y religiosas deben declararse tributarias de la sabiduría de León XIII. No ha descubierto él el principio de la atracción universal de los espíritus; fué Jesucristo quien lo enseñó al mundo, á la vez que fijó la ley, en virtud de la cual todas las cosas irán hacia Él. «Cuando yo seré levantado en alto en la tierra, todo lo atraeré á Mí»—dijo por San Juan¹—; pero, ¿qué Papa trabajó tanto como León XIII por reducir á todas las gentes á la unidad de símbolo y de autoridad? Él ha enseñado á poner la libertad humana al servicio de la inmutabilidad divina; la unión conyugal bajo la garantía del Sacramento; la democracia bajo la libertad amplísima del espíritu de Cristo; la autoridad pública bajo la tutela del poder divino; la independendencia de las naciones bajo los auspicios de la Justicia Eterna: las letras bajo la pureza del Evangelio; las armas en el pabellón de los héroes inmortales; las riquezas en las arcas del Evangelio; la pobreza en el corazón amante del Salvador; la mano del obrero junto á la mano del Divino Obrero de la redención universal; el Oriente y el Occidente bajo el cayado del Buen Pastor, á todos bajo la losa del sepulcro de Cristo para triunfar con Él de la muerte y coparticipar de su resurrección gloriosa... ¿Dónde encontraremos hombre semejante á éste?² Yo creo, señores (y perdonadme este rapto de admiración hacia León XIII), yo creo que Jesucristo, luz verdadera y causa eficiente y final de todas las cosas,

¹ Cap. 12, v. 32.

² Génesis, cap. 41, v. 38.

después de haber criado el alma del último Papa, rompió los moldes en que la vaciara para que en muchos de los siglos venideros ó en ninguno de los que al presente hayan de suceder, ocupe la silla de Pedro otro Pontífice, del que se pueda decir con tanta razón como de León XIII: «Era antorcha que ardía y lucía.» De Dios sólo es el triunfo; á Él sólo se debe la gloria; por eso su reino se ha encumbrado sobre todos los reinos de la tierra.

No faltará, es de suponer, dada la miserable condición humana, quien vea manchas en esa inteligencia de fuego y en ese corazón ardiente que han hecho de León XIII una antorcha de luz y de calor; pero, ¿dónde no hay manchas? Manchas hay en el disco de Marte, según descubrió Cassini; manchas vió en Júpiter el observador Hooche; manchas hay en la luna; manchas hay en el sol; solo una luz no conoce mancha alguna: la luz que brilla en el Eterno Paraíso. ¿Se pretenderá, por ventura, que el hombre sea luz como el ángel de la verdad del cielo? Pretensión ridícula, porque, aun siendo el alma humana lumen del semblante divino, sabido es que entre Dios, que es luz, y el alma, que es su destello, se interpone el cuerpo humano, que es tierra y en polvo se convertirá. Antorcha ardiente y luciente ha sido León XIII hasta que la pérfida muerte nos ha privado de sus ardores y de su luz; pero, ¿qué digo? Ni la muerte misma será potente á evitar que continúe llegando hasta nosotros las irradiaciones de aquel foco de lumínico y calórico que, más bien que destruído, parece transportado á remotas regiones, tan sólo accesibles á quien tiene fe en el porvenir. Si los grandes vapores, navegando, dejan en el agua grandes estelas; si el sol, al hundirse plácidamente en las inmensidades del Océano, deja tras sí una gran claridad crepuscular, que es la que media entre su ocaso y la noche, ¿no habrán quedado restos de esa antorcha ardiente y luciente que acaba de hundirse suavemen-

te en las insondables profundidades del sepulcro? Yo confío, excelentísimo señor, que aquella brillante corona de oro que se halla en el Éxodo¹, en Ester² y en el profeta Baruc³; aquella corona de gloria de que nos habla Isaías; aquella corona de justicia referida por San Pablo⁴; aquella corona de sabiduría que se lee en el Eclesiástico⁵; aquella corona de hermosura que se halla en Ezequiel⁶; aquella corona inmarcesible prometida por San Pedro⁷; yo confío, repito, que, como corona de vida, como diadema de luz eterna, es ya la corona con que el Justo Juez ha premiado la misión iluminativa para que creara á León XIII, y que los rayos inmortales de esa corona llegarán hasta nosotros para conducirnos por el camino del acierto, de la piedad y de la santidad, como en otro tiempo condujo el Señor á su pueblo en la noche de su destierro á la luz del fuego, *In illuminatione ignis*⁸; porque si á medida que hemos visto ascender esa antorcha hasta contemplarla en el más alto candelero de las dignidades, ha dilatado su acción en tales términos que no hay punto en el mundo conocido al que no hayan llegado sus vívidos resplandores, ¿qué no alumbrará desde el cielo? Si el alma de León XIII resalta majestuosa, sublime, resplandeciente y parece agrandarse hasta tocar en los cielos, á pesar de estar unida substancialmente al cuerpo, y formando con él la persona augusta, cuyas manos, ungidas con el óleo de la consagración, tuvieron las llaves de esos mismos cielos, ¿con qué brillo no resplandecerá una vez rasgado el tupido velo que la envolvió durante noventa y tres años en este siglo vano y engañoso?

¹ Cap. 29, v. 6.

² Cap. 8, v. 4.

³ Cap. 5, v. 2.

⁴ Epist. 2.^a á Timoteo, cap. 4, v. 8.

⁵ Cap. 1, v. 22.

⁶ Cap. 16, v. 12.

⁷ Cap. 1, v. 4.

⁸ Salmo 78, v. 14.

Haya subido, sí, gloriosa al seno de Dios el alma del Papa León XIII con el lauro de todos sus méritos, y haya merecido oír, delante del divino Cordero, aquellos cantares eternos que acompañan los ángeles con armoniosas cítaras, con dulces címbalos, con ricos salterios, con arpas de oro. Descanse en paz por los siglos de los siglos, y vea el rostro divino, cuya mirada es hija de amor y fineza, cuya fineza baña el corazón de ternura, cuya ternura da la fruición de todos los gozos; hayan salido á su encuentro los coros de los ángeles y el venerable senado de los Apóstoles, los brillantes escuadrones de mártires y la esplendente falange de confesores y de vírgenes, y haya sido inundada del *lumen gloriæ*, ya que aquí, en estas regiones obscuras, brilló con el lumen de la ciencia y de la virtud. ¡Mas, ¡¡¡ay!!!, el Dios que le ha juzgado y ha de juzgarnos á todos es terrible en sus consejos, y sabe encontrar manchas en las estrellas más claras y resplandecientes. Para borrarlas, caso que las haya en el alma de León XIII, presenta hoy estos sufragios la Iglesia Valentina. Sí, señores; la Iglesia Valentina, única en España obligada á singularísima devoción á la Santa Sede por haber dado dos sucesores á San Pedro; la Iglesia Valentina, que empavesó poco ha su horizonte con acentos de gratitud y embalsamó su aire con afectos de ternura al contemplar á su venerable Padre y Pastor sublimado á la dignidad cardenalicia; la Iglesia Valentina, cuna de San Vicente Ferrer, que tan señalado lugar ocupó en el espíritu de León XIII; la Iglesia Valentina, puestos los ojos en la misericordia de Dios, en la piedad del pueblo católico y en el alarde que la muerte hace del triunfo que acaba de alcanzar arrebatándonos al Papa que ha sido antorcha de luz y de calor, pide á todos y cada uno de vosotros que oréis por León XIII, diciendo: *Lux æterna luceat ei. Requiescat in pace. Amén.*



C.V

543

v.

34